

La clase importa.

Una comparación de los procesos de construcción de identidad étnica entre migrantes de segunda generación de clase trabajadora y de clase media. Inmigrantes coreanos en Nueva York*

Sara S. Lee

Universidad de Columbia, Estados Unidos

Introducción

La aprobación en 1965 del Acta de Inmigración abolió el sistema de cuotas por origen nacional y de esa manera se permitió a los inmigrantes de las naciones, antes excluidas, de Asia, América Latina, y el Caribe que ingresaran, en cantidades sin precedente, a Estados Unidos. Los llamados “inmigrantes post-65” no sólo han provenido de diversas regiones del mundo, sino también de condiciones sociales, políticas y económicas que difieren de las correspondientes a los inmigrantes europeos –campesinos sin educación, predominantemente pobres– de principios del siglo XX. A medida que los niños de los diversos inmigrantes post-65 alcanzan la mayoría de edad, y crecen tanto en cantidad como en cuanto a su visibilidad, los estudiosos tratan de entender con precisión cómo se ajustarán y fusionarán en el tejido social de Estados Unidos de América¹. Sugieren que las diferencias fundamentales entre esta nueva cohorte de inmigrantes de segunda generación y los anteriores requieren ser revisadas o un nuevo esquema conceptual para entender la adaptación de los inmigrantes. Una

* Esta investigación ha sido apoyada por el programa de becas de la Fundación Científica Nacional para la Mejora de las Disertaciones (SES0000267), y una beca de disertación por parte del Programa de Migración Internacional del Consejo de Investigación de Ciencia Social.

1. En 1990, la “nueva segunda generación” representaba 7,7 millones, o 3,4 % de la población nacida en Estados Unidos (excluyendo a aquellos nacidos de parejas mixtas de extranjeros); en la actualidad su población se calcula en 28 millones (Portes y Zhou, 1993: 77).

parte de la revisión incluye el atender con mayor cuidado el papel que desempeña la “identidad étnica” en cuanto a la influencia en sus pautas de asimilación.

En este artículo defino la “identidad étnica” como un “sentido de pertenencia y orgullo en cuanto a la propia adscripción en un grupo que se distingue por ataduras, reales o presuntas, de linaje común y de cultura”; y examino las circunstancias y el grado en que ello adquiere relevancia para un grupo de adultos (de edades entre 18 y 39 años) de inmigrantes coreanos de segunda generación que viven en la ciudad de Nueva York². Hasta ahora, los estudios indican que los miembros de la actual segunda generación mantienen su “identidad étnica” en un grado mayor; y al hacerlo pueden cosechar algunas recompensas positivas (Rumbaut, 1996a, 1996b; Gibson, 1989; Portes y Zhou, 1993). La identidad étnica (incluida la posibilidad de que se desarrolle una “identidad de oposición”) puede no sólo proteger a los hijos de inmigrantes de los efectos dañinos de una “americanización” que reduzca su desempeño educativo y sus aspiraciones profesionales –y, por tanto, sus oportunidades de vida; también puede ser usada estratégicamente para procurarse beneficios materiales o sociales que rindan ventajas duraderas (Portes y Zhou, 1993; Zhou y Bankston, 1994; Fernández-Kelly y Schauffler, 1996; Waters, 1996; Lee, 1996).

Lo que sabemos hoy sobre la identidad étnica, sin embargo, no garantiza todavía, por varias razones, valor empírico o fuerza predictiva. Primero, dado que la mayor parte de los estudios sobre la segunda generación se han centrado en adolescentes, lo que los estudios han encontrado que son los efectos de la “identidad étnica” es probable que se confundan con problemas de adolescencia, culturas juveniles y obligaciones filiales. Así, no entendemos cómo la identidad étnica puede cambiar o fluctuar de significado más allá de la adolescencia o de los aspectos voluntarios e involuntarios de la “identidad étnica” (Gans, 1997). En segundo lugar, los estudios sobre la identidad étnica de la segunda generación se han centrado en su mayor parte en los inmigrantes negros y latinos, debido a sus altas probabilidades de movilidad descendente. Los estudios indican que debido a que otros estadounidenses les atribuyen características raciales que los determinan como clase baja, es probable que los americanos negros y latinos de segunda generación adopten una postura reactiva y opuesta hacia el éxito en América. Por consiguiente, mientras que para la segunda generación de negros

2. Defino “inmigrantes coreanos de segunda generación” a los hijos de padres coreanos inmigrantes de primera generación que nacieron en Estados Unidos o llegaron de seis años o menos. La edad límite no es arbitraria: representa un esfuerzo por excluir de la “segunda generación” a aquellos que han recibido alguna enseñanza, alguna forma de socialización primaria en Corea.

y latinos el mantener una fuerte identidad étnica puede probar ser una mejor opción que convertirse en americano, sabemos poco sobre la intersección de raza, clase y etnicidad entre quienes integran la segunda generación de asiáticos. Debido a que estos últimos se considera que pertenecen a la clase media, pocos estudios han examinado, por ejemplo, las implicaciones de su identidad racial con respecto a su identidad étnica. ¿Es la raza insignificante con tal de que estén bien educados y se muevan en forma ascendente? O, si la raza es importante, ¿en qué contextos o situaciones adquiere relevancia y cómo la raza influye en los significados de la identidad étnica? En forma más específica, ¿cómo los miembros de la clase obrera de un grupo étnico predominantemente de clase media, como los coreano-americanos, definen su identidad étnica? ¿Cómo varían los procesos de construcción de identidad étnica con respecto a los de sus semejantes coétnicos, más móviles en forma ascendente?

Por medio de sesenta entrevistas de profundidad, comparo los procesos de construcción de identidad étnica y de significados entre coreano-americano de la clase obrera y profesional, para abordar así la mencionada limitación en la bibliografía actual sobre la identidad de la segunda generación. El análisis revela que, cuando niños, los sentimientos de vergüenza racial y étnica son comunes entre los coreano-americanos de la clase obrera y la clase media; porque, mientras crecen, son la minoría numérica en sus respectivos barrios. Para los coreano-americanos de clase media que se marchan a las grandes universidades nacionales, sin embargo, se presentan oportunidades de explorar sus identidades raciales y étnicas de maneras no disponibles en sus barrios de niñez. A través de varias organizaciones, cursos y actos del campus, relacionados con cuestiones étnicas, aprenden más sobre sus antecedentes étnicos, se encuentran a otros coreanos de segunda generación cuyas experiencias reflejan las propias, y adoptan una narrativa que vincula sus experiencias a las fuerzas históricas más amplias que formaron la inmigración coreana a Estados Unidos. Ese conocimiento y esos lazos sociales fortalecen las identidades étnicas de la clase media de segunda generación. Para los coreano-americanos de clase obrera, tales oportunidades se encuentran limitadas, porque es más probable que vayan de manera intermitente a las universidades de la comunidad local y adquieran estilos de vida que les impida dedicar tiempo para la exploración y para actividades del campus. Además, su conocimiento y experiencias de una clara división de clase dentro de la comunidad coreano-americana, en particular resaltada por lo que la comunidad considera su “fracaso educativo”, los conduce a divorciarse de la comunidad coreano-americana, de sus miembros y de su identidad étnica.

Está claro que la clase influye en cómo se identifican étnicamente los coreano-americanos de clase obrera y de clase media de segunda generación.

Esto no sólo se debe a que la clase crea contextos estructurales diferentes en que los coreanos de las clases media y trabajadora crecen y viven, sino también debido a la específica dinámica de clase dentro de la comunidad coreano-americana que define “lo coreano”, por mucho, a través de los lentes de la clase media.

El estudio

Si bien tres “oleadas” de inmigrantes coreanos comprenden toda la población inmigrante de coreanos en Estados Unidos, la mayoría llegó durante la tercera, después de que las leyes de inmigración cambiaron en 1965³. Según el censo de 1990, había 814,495 coreanos en los Estados Unidos, (de los cuales un 28 % había nacido en ese país), aunque los demógrafos estipulan que esta cifra debió haber estado más cerca de un millón (cita). La población coreana actual de Estados Unidos se calcula en 1.320.759 sin incluir estudiantes extranjeros, visitantes, y residentes indocumentados (Min, 1993; Hurh, 1998: 11; Barringer *et al.*, 1993: 50). Con 200.000 coreanos que viven en el área metropolitana Nueva York / Nueva Jersey (tan solo 100 mil viven en la Ciudad de Nueva York), el Estado de Nueva York tiene la población de inmigrantes coreanos más grande, después del área de Los Angeles (Min, 1998: 14). En la ciudad de Nueva York, los coreanos están presentes a lo largo de los cinco distritos, pero se concentran sobre todo en Queens⁴. Cerca de dos terceras partes de los coreanos de Nueva York viven en Queens, en particular en los barrios de Flushing y Elmhurst, alguna vez ocupados en su mayoría por blancos, pero ahora por inmigrantes recientes, asiáticos y latinos⁵.

Muchos de los inmigrantes inmediatamente posteriores a 1965, como otros inmigrantes asiáticos, eran profesionales con buen nivel educativo que llegaron a Estados Unidos en busca de mejores oportunidades de las que sus países podían proporcionar en ese momento. Cuando el Acta de Inmigración de 1965

3. La primera oleada comprendió cerca de 7.200 obreros de contrato, que inmigraron a Hawaii entre 1903 y 1905. Aproximadamente 15.000 coreanos –la mayoría, esposas de militares americanos apostados en Corea del sur después de la guerra de Corea y los huérfanos de guerra adoptados por ciudadanos americanos– ingresaron a Estados Unidos entre 1950 y 1964; esto constituyó la segunda oleada de inmigrantes a Estados Unidos (Min, 1996).

4. Queens es también sede de una gran población de chinos, indios y otros inmigrantes asiáticos. Casi la mitad (47 %) de todos los asiáticos de Nueva York reside en Queens.

5. Estas cifras son más indicativas de dónde viven los coreanos inmigrantes de primera generación más que de la segunda.

empezó a permitir que cantidades grandes de inmigrantes coreanos ingresaran a Estados Unidos, se dio trato preferencial a los parientes de ciudadanos americanos o a residentes permanentes. Esta preferencia abrió las oportunidades para los parientes de un pequeño número de estudiantes coreanos y trabajadores profesionales que eran residentes permanentes en Estados Unidos en ese tiempo (Hurh, 1998: 39). La ley de inmigración también favoreció el sistema de preferencia profesional, que seleccionó una gran cantidad de profesionales coreanos de la medicina, como médicos, enfermeras y farmacéuticos. Estas dos categorías preferenciales combinadas formaron un grupo muy selectivo de profesionales urbanos con buena educación, que no reflejaba por completo la composición de clase de los coreanos que inmigraban a Estados Unidos⁶. Las características altamente selectivas de la población inmigrante coreana se corroboran por datos de encuestas; éstas indican que cerca de 80 % de los padres coreanos de Nueva York, miembros de la segunda generación, tienen por lo menos alguna experiencia en educación universitaria, y que 40 % tiene un grado profesional (Kim, 2001). Por consiguiente, los miembros de la segunda generación de clase media exceden en número, por mucho, a los miembros de la clase obrera; debido a ello la comunidad coreano-americana es desproporcionadamente de clase media (Kim, 2001).

En esta perspectiva, los treinta coreano-americanos de clase obrera entrevistados para este estudio son una minoría dentro de una comunidad coétnica con predominio de clase media, y la muestra para este estudio no es representativa de la población coreano-americana de Nueva York. Más bien, es una muestra deliberada de coreano-americanos en cantidades iguales de treinta trabajadores y treinta personas de clase media y media superior, en especial seleccionados para examinar cómo la clase influye en los significados de identidad étnica, en particular para aquellos cuyo grupo coétnico es predominantemente de clase media.

He definido la clase por medio de tres indicadores muy correlacionados: la ocupación del entrevistado, así como el nivel educativo y la ocupación del padre del entrevistado. Primero, he establecido dos categorías: aquellos en

6. Como grupo, la tercera oleada de inmigrantes coreanos de fines de los años 60 y principio de los 70 tenían mejores niveles educativos que el coreano y el americano promedios. De acuerdo con el censo de 1990, 34 % de los inmigrantes coreanos de 25 años o más había cursado cuatro años de universidad y 80 % había completado el bachillerato. (Un estudio de 1975 aplicado en Nueva York indicaba que estos números podrían ser incluso superiores: reportaba que 67 % de coreanos en Nueva York había terminado la universidad en Corea (Kim, 1981: 40). En contraste, 20 % de la población estadounidense había recibido educación universitaria y 75 % había completado el bachillerato (Abelmann y Lie, 1995; Min, 1996: 30).

ocupaciones tradicionalmente definidas como de “cuello blanco” o “profesional” los he agrupado en el rubro “de clase media a media alta”; y aquéllos en campos considerados como ocupaciones manuales, de “cuello azul”, los he agrupado con el rubro “clase obrera”. Así, uso la educación y la ocupación del padre del entrevistado para determinar su trasfondo de clase, porque además de la condición socioeconómica actual del entrevistado, quería examinar cómo el crecer en un medio de clase obrera o clase media afecta su construcción de identidad étnica. A los entrevistados cuyos padres no tienen grados universitarios los ubico como “clase obrera” y a aquellos cuyos padres tienen universidad o grados superiores, como “clase media a media alta”. De manera semejante, aquellos entrevistados cuyos padres trabajaban en ocupaciones de cuello azul, en negocios de ventas al menudeo, o en servicios, como “clase obrera”; a los entrevistados cuyos padres trabajaron en ocupaciones de cuello blanco o que eran propietarios de un negocio pequeño, los he agrupado como “clase media”. Los coreano-americanos que defino como “clase obrera” son aquellos que encajan por lo menos en una de las tres descripciones de la clase obrera; y aquellos que defino como “de clase media a media alta” son aquéllos que se ajustan a las tres descripciones⁷.

Mientras los entrevistados para este estudio también provinieron de todos los cinco distritos de Nueva York, los vecindarios en que los entrevistados crecieron y en que vivían en el momento de sus entrevistas variaban por clase. En tanto que la mayoría de los entrevistados de clase obrera provenía era de los vecindarios, con predominio de minorías, de Queens, Brooklyn y Bronx, y en su mayoría han continuado viviendo en sus barrios desde sus años de niñez, la mayoría de los coreano-americanos de clase media crecieron en barrios predominantemente blancos y suburbanos, dejaron los barrios de su niñez para asistir a la universidad en alguna otra parte, y, como consecuencia, llegaron a Nueva York para trabajar.

7. Debo hacer notar aquí que en este estudio todos los entrevistados, excepto dos de clase obrera, tenían grados universitarios. Esto no es inconsistente con lo que tendría que ser una muestra representativa de los coreanos de Nueva York de segunda generación en cuanto a los niveles de logros educativos entre los coreano-americanos de clase obrera (Kim, 2001). Siguiendo los argumentos que desarrollo en el resto de este artículo, sostengo que los niveles excepcionalmente altos en cuanto a logros educativos entre los coreanos de segunda generación tienen mucho que ver con la extrema sensibilidad de los coreano-americanos con respecto al estatus; y los títulos educativos son uno de los símbolos de prestigio más obvios e importantes.

La intersección de raza, clase y etnicidad

Los coétnicos no siempre comparten valores comunes, intereses, o poder; la raza y la etnicidad se experimentan de maneras particulares, según los trasfondos de clase de los miembros de la etnia (Espiritu, 1994; Neckerman, *et al.* 1998; Gans, 1962). Por ejemplo, Milton Gordon estipuló que la interacción cercana y un sentido de “identificación participativa” entre coétnicos dependen de la clase. “La subsociedad creada por la intersección de estratificaciones verticales de etnicidad y las estratificaciones horizontales de clase social”, llamada “clasetnia”, es probable que desarrolle valores comunes, pautas de conducta y gustos culturales que los separen de los coétnicos de diferente condición de clase (1964: 51).

La segmentación de clase entre coétnicos tiene mucho que ver con el hecho de que la clase determina la naturaleza y magnitud de los contactos residenciales, profesionales y sociales con otros miembros raciales y étnicos –factores que determinan por mucho al propio grupo de referencia– (Neckerman *et al.*, 1999). La investigación acerca de los inmigrantes italo-americanos de principios del siglo XX muestra, por ejemplo, que los integrantes de la clase obrera mantenían más su identidad étnica que los miembros de clase media, porque “la correspondencia de trabajo, residencia y etnicidad llegó a percibirse en términos de que el papel de la etnicidad era un determinante principal de sus oportunidades y estilos de vida” (Gans, 1962). Por otro lado, inmigrantes italianos de clase media que lograron movilidad ascendente abandonaron los barrios étnicos y perdieron con rapidez esos lazos étnicos, por estar más incorporados en la clase media blanca (Crispino, 1980).

Ahora, sin embargo, la tendencia parece marchar en sentido contrario. La investigación de Mary Waters (2000) acerca de los indios occidentales, por ejemplo, muestra que mientras los indios occidentales de clase media conservan voluntariamente su identidad étnica como una forma de protegerse a sí mismos de ser confundidos con americanos, esto es, con afroamericanos, los indios de la clase obrera se identifican más como afroamericanos. Los indios occidentales de clase obrera comparten los mismos barrios, escuelas y trabajos con los afroamericanos pobres; y atestiguan y experimentan las severas formas de racismo que enfrentan los afroamericanos. Como consecuencia, llegan a ver su raza como el determinante principal de sus oportunidades y estilos de vida en América y comparten un sentido de destino común con los afroamericanos. Esta identificación racial con los afroamericanos, sin embargo, puede llevar a una espiral descendente de consecuencias negativas, incluida la adopción de una “postura de oposición” hacia la sociedad blanca dominante, común entre muchos

afroamericanos pobres. La “postura de oposición” contempla los medios tradicionales de movilidad ascendente, como la educación, como montada en la discriminación racial, y de ahí que los devalúe (Waters, 1997). Los indios occidentales de clase media, por otro lado, pueden elegir vivir en barrios más diversos en cuanto a razas y asistir a escuelas más diversas en donde la cultura de pares no se opone a los medios tradicionales de la movilidad social (Waters, 1999). Los indios occidentales de clase media no sólo tienen más recursos para desviar la atención de algunos de los estereotipos negativos a que están involuntariamente adscritos; también usan su identidad étnica como una manera de señalar su condición de clase superior, como una protección contra su identificación racial involuntaria que los coloca en la categoría de la clase baja.

De manera similar, el estudio de Stacy Lee (1996) muestra que los coreano-americanos de clase media en un bachillerato multiétnico usan su identidad étnica para distinguirse de los estudiantes del sudeste asiático, a quienes consideran de clase más baja. Así, usan su identidad étnica para señalar su condición de clase más alta. No sabemos, por desgracia, si estuvieron presentes en esa escuela coreano-americanos de clase media baja o de la obrera. Permanece la cuestión de si los coreano-americanos de clase obrera se habrían identificado de forma más cercana con los coreanos de clase media o con los asiáticos del sudeste de clase obrera, y los significados que subyacen a sus opciones de identidad.

Otros estudios muestran, sin embargo, que una etnogénesis, un cambio colectivo de identidad, está en proceso entre los asiático-americanos. Los estudiosos (Espiritu y López, 1990; Espiritu, 1992) teorizan que los campus universitarios proveen un espacio ideal para que estudiantes de origen asiático recolecten y compartan sus experiencias comunes en tanto asiático-americanos. Los cursos y programas de estudios asiático-americanos también pueden proporcionar a los estudiantes esquemas compartidos para entender y articular las cosas que guardan en común en tanto asiático-americanos; así se les proporcionaría un trampolín para forjar una identidad panétnica basada en su condición racial compartida e historia en Estados Unidos, a pesar de su diversidad étnica. De hecho, los pocos estudios sobre los miembros de la segunda generación de asiático-americanos, como los filipino-americanos (Espiritu) o los chino y coreano-americanos (Min y Kim, 2000; Kibria, 1997) revelan que ellos encuentran significativa su identidad panétnica y creen que existe un sentido de “nosotros” entre los asiático-americanos, basado en las experiencias comunes de ser una segunda generación de inmigrantes asiáticos.

Sin embargo, la exposición a –y la participación en– tales instituciones u organizaciones son mucho más comunes para la clase media que para la obrera (Espiritu, 1994; Alba, 1990; Portes y Zhou, 1993; Portes y Rumbaut, 1996).

Como otros estudiosos lo han hecho notar, “la participación y exposición a grupos y organizaciones asiático-americanos están lejos de ser una experiencia universal entre los individuos de origen asiático. Su membrecía tiende a ser de nacidos en Estados Unidos y de clase media, específicamente profesional y directivo” (Espíritu y Ong, 1994, citado en Kibria, 1997: 527). De este modo, si hay indicación de que los coreano-americanos de clase media pueden estar forjando una identidad panétnica, no sabemos qué tipos de opciones de identidad o limitaciones están experimentando los coreano-americanos de clase obrera.

En general, los estudios de hoy sugieren que la segunda generación de clase media mantiene su “identidad étnica” más que la clase obrera, porque aquélla tiene mejores recursos que los ayudan y les proveen oportunidades para hacerlo. Un ejemplo es el mayor acceso a las redes transnacionales: la interacción frecuente con parientes de ultramar, las visitas o experiencias vividas fuera del país pueden fortalecer la identidad étnica. También, los padres de clase media tienen más recursos, y pueden ofrecer enseñanzas a sus niños sobre su etnicidad, al enviarlos a escuelas de idiomas en Estados Unidos o a programas fuera del país diseñados para fomentar amistades coétnicas (Min y Kim, 2000). Por último, aquéllos con movilidad ascendente y que se consideran a sí mismos exitosos verán su identidad étnica como una forma de capital cultural (Alba, 1990; Fernández-Kelly y Schaffler, 1996; Espíritu, 1992, 1994). Aún necesitamos entender cómo la procedencia de un trasfondo de clase baja influye en los vínculos étnico-sociales y en la preservación étnica. Estudios sobre jóvenes vietnamitas pobres (Zhou y Bankston, 1994) muestran, por ejemplo, que los miembros pobres de la segunda generación llegan a formar pandillas que pueden sustituir algunas funciones familiares y tender un puente hacia los sentimientos de marginación racial que experimentan dentro del conjunto de la sociedad.

Los resultados

Crecer como “otro”

Se informó que incidentes frecuentes a propósito de bromas y agravios raciales son experiencias frecuentes entre los niños coreano-americanos de segunda generación, tanto de clase obrera como de clase media. Los coreano-americanos de clase media experimentaron marginación racial en sus barrios predominantemente blancos; los coreano-americanos de clase obrera, de los barrios con predominio de negros o latinos. En otros términos, como los asiáticos por lo usual eran una minoría numérica en los barrios y las escuelas de

ambos grupos, los coreano-americanos de segunda generación de clase media y de clase obrera informaron repetidas experiencias de “se los ve a la legua...”. Estos constantes incidentes, el ser objeto de mofa en sentido racial y ser condeñado al ostracismo, llevó a muchos coreano-americanos de segunda generación a sentirse avergonzado sobre quiénes eran. La experiencia de Danny fue de tal forma que:

“En la escuela, ellos me ponían nombres como *ching* o *guk** Llegué al punto de sentirme un poco avergonzado, porque cuando salía con mis padres, éramos los únicos asiáticos alrededor. Así que siempre fui muy tímido. No me sentía muy seguro al ir a dar una vuelta.”

Los coreano-americanos de segunda generación informaron que experimentaron la raza y la etnicidad como una y la misma cosa durante sus años de niñez: las dos se consideraban fuentes de su vergüenza y “otredad”, que demarcaban un límite entre ellos y sus similares estadounidenses. Su raza y etnicidad les hacían destacar y ser diferentes de quienes consideraban sus similares de apariencia más americana. Para Jane, que con desesperación quería ser como todos los demás, su “asiaticidad” era percibida como un impedimento con el que ella deseaba no tener que vivir:

“Simplemente te obligan a que te percares de que eres diferente de todos los demás... las características que tienes... Nunca estuve orgullosa de mi apariencia porque siempre estaba muy avergonzada. Debido a mis rasgos, el simple hecho de ser asiática me producía vergüenza. Y cuando eres más joven, quieres encajar en la cultura americana, pero no puedes. No importa qué tanto lo intentes disimular: ¡simplemente no puedes!”

Los coreano-americanos de segunda generación hacían su mejor esfuerzo para evitar cosas que los hicieran destacar o marcara diferencias con sus similares americanos. Desarrollaron una aversión hacia cualquier rasgo “étnico” acerca de sí mismos y su familia coreana, como comer platillos coreanos, hablar el idioma, etc. Muchos miembros de la segunda generación recordaron el haberse sentido avergonzados de que sus padres hablaran coreano en voz alta en

* Se trata de términos empleados generalmente en forma ofensiva para referirse a los chinos (*chink*) o, más ampliamente, a los asiáticos (*gook*). Aquí se escriben con el fin de reproducir su aspecto fonético. [Nota del traductor].

público, de que sus amigos tuvieran que quitarse los zapatos al entrar en casa, o de que vieran el *kimchee* (repollo fermentado en pimiento rojo) en la nevera de casa. Naturalmente, muchos de ellos preferían hablar inglés y la comida americana que hablar coreano o la comida coreana. Algunos entrevistados dijeron que sus madres tenían que cenar dos veces: una cena coreana para los padres y una americana para los niños, porque los entrevistados rechazaban la comida coreana.

Experiencias divergentes: etnia y clase

Encontré que las experiencias raciales y étnicas de los coreano-americanos de las clases media y obrera empezaban a divergir como adultos jóvenes, específicamente en cuanto a las experiencias universitarias. Las diferencias no provienen de quién asiste o no a la universidad, porque la mayoría de los coreano-americanos de segunda generación –con independencia de la clase– asisten a la universidad. Más bien, las diferencias provienen del tipo de escuelas a que asisten, lo que aprenden sobre su pertenencia a grupos raciales y étnicos y con quién se encuentran e interactúan en sus respectivas escuelas.

Experiencias universitarias de clase media

Los coreano-americanos de clase media alta que habían crecido en suburbios con predominio de blancos se encontraron en un ambiente más multicultural y racialmente diverso cuando se marcharon a la universidad. El tipo de escuelas a las que en formas típica asistían los coreanos de clase media (escuelas clasificadas como universidades nacionales tipo 1 y escuelas nacionales de artes liberales tipo 2 por el *U.S. News and World Report*) tenía una población de estudiantes asiático-americanos más grande que aquella a la que estaban acostumbrados los entrevistados en sus barrios o bachilleratos⁸. También tenían varias organizaciones raciales o étnicas en el campus, que ofrecían cursos de historia asiática, de idiomas o estudios asiático-americanos. Estos tres factores jugaron un papel importante al infundir identidades raciales y étnicas a los coreanos de clase media de segunda generación que antes o bien habían crecido sintiéndose marginados racialmente, o se habían sentido blancos, o sentido envidia por los blancos (Lee, 2000).

8. Véase Kim (2001) para detalles de los tipos de escuelas a que asisten los coreano-americanos de segunda generación de Nueva York.

Organizaciones y estudios étnicos

En forma típica, la universidad fue el primer sitio en que los coreano-americanos de clase media, en particular de la clase media alta de segunda generación, se sintieron lo bastante cómodos en verdad para examinar sus identidades raciales y étnicas. La universidad proporcionaba un ambiente cosmopolita y políticamente correcto en el que podían explorarse los varios aspectos de sus identidades. De manera más específica, sin embargo, las organizaciones y clubes raciales y étnicos, como la Asociación de Estudiantes Coreanos o la Asociación de Estudiantes Asiático-Americanos ayudan a los coreanos de segunda generación a que consigan superar sus sentimientos de marginación, e inculcan el sentido de un “nosotros” étnico, en lugar de lo que muchos de los entrevistados habían experimentado antes. Muchos ingresan activamente a tales organizaciones durante el primer año en la universidad:

“[¿Así que cuando ibas a la universidad, te uniste de inmediato a la comunidad coreana?] Sí, porque en cuanto entras al curso de orientación, recibes la bienvenida por parte de la comunidad de la KSA. Terminé dirigiendo después la KSA, pero ellos como que te ayudan a que te pongas al tanto.”

El reclutamiento activo induce a los coreano-americanos de segunda generación que no cuentan con una previa relación importante con otros coreano-americanos de segunda generación a que, por lo menos, se enteren de cómo son algunos de sus actos o reuniones; ello a menudo conduce a un involucramiento más activo. Por ejemplo, Richard fue reclutado en su escuela para que se uniera a la Asociación de Estudiantes Coreano-Americanos [*KASA, por sus siglas en inglés*] y ha hecho muchos amigos coreano-americanos desde entonces:

“En la universidad (era irónico, porque cuando yo crecí no andaba por ahí con tantos asiáticos), hice buenos amigos, después del año de novato, con la mayoría de mis compañeros de dormitorio. Muchos estaban en la Asociación de Estudiantes Coreano-Americanos (KASA). Recuerdo lo siguiente: un tipo llamado Danny Lee me llamó, porque KASA llama por lo común a los estudiante con perspectivas. Así que estaba charlando con Danny Lee y de pronto él me preguntó: ‘¿Tú qué haces?’ Y yo: ‘Me gusta el taekwondo’. Y él: ‘¡Qué bien! Tenemos a alguien aquí. Tenemos a David, de tercer grado. Él creció haciendo el taekwondo’. Y así empezamos a charlar y ‘¿Ah, sí? Quisiera unirme’. Bla, bla, bla. Después él

llegaría a ser mi hermano mayor en KASA, y aún somos muy buenos amigos.”

Para algunos entrevistados la mera entrada a un grupo de otros coreano-americanos de segunda generación evocaba un sentido inmediato de atracción y solidaridad con ellos; describían la experiencia de encontrarse con otros coreano-americanos de segunda generación como “asombrosa”. Por ejemplo, Andy dijo que sintió de inmediato una atracción «natural» hacia los otros coreanos que encontraba en el campus. Describió la primera vez que vio en un cuarto a 150 coreano-americanos, en una reunión de una sociedad cristiana de coreanos en su escuela:

“Estaba trastornado. Me enamoré al instante. [*¿Por qué?*] Nunca había visto tantos coreanos de mi edad. El lugar donde crecí, Ann Arbor, no es en realidad una comunidad grande de coreanos. Nunca supe que había ahí una comunidad coreano-americana, así que nunca la eché de menos. Nunca tuve algún lazo emocional con ella. Todo lo que sabía era que no estaba enterado de que ese tipo de cosas existieran... Hubo una identificación instantánea [*con los coreanos*], aunque había una buena posibilidad de que estas personas no tuvieran nada que ver conmigo. Pero había un sentimiento instantáneo: ‘en definitiva, tengo que aprovechar este recurso’.”

Otros desarrollaron con más lentitud un sentido de parentesco con sus coétnicos por medio de la interacción íntima que las organizaciones fomentaban:

“La escuela fue donde yo adquirí esta fuerte, fuerte identidad coreana, porque me había conseguido involucrar duro con el KSA. Sí, porque en cuanto fuimos... pienso que el primer año es muy importante. Quién te anima porque entras en el curso de orientación, y ahí están los de la KSA, la muchedumbre de la iglesia, y todos estas otras cosas, y quienquiera se te acerca primero. Y entonces la iglesia y el KSA se me acercan. Y entonces hicieron un trabajo increíble: cuidarte y hacerte sentir como si fueras importante y todo ese tipo de cosas.”

Mientras que las organizaciones y los clubes fomentaban la interacción coétnica y una identidad colectiva, los estudios raciales y étnicos o los cursos de los programas de estudios asiáticos ofrecidos en muchas universidades grandes, con carreras de cuatro años proporcionaron a los coreanos de clase media de la segunda generación una oportunidad de aprender más sobre su cultura, herencia

e historia en Estados Unidos. El conocimiento cultural e histórico de su país de casa y de las experiencias del grupo coétnico en Estados Unidos infunde orgullo por una identidad étnica que alguna vez invocó vergüenza y turbación:

“Escogí la especialidad porque la encontré fascinante. El hecho es que yo era coreano, pero no sabía nada sobre de historia coreana. Yo sea asiático pero no conocía nada sobre los asuntos políticos de Asia, o del desarrollo económico asiático. Y vi fotografías de Corea en 1950 y todo era un desastre y vi fotografías de Corea en 1980 y había grandes edificios agradables, y toda la cosa. ¿Cómo pasó esto? Ésa era una gran pregunta. La encontré muy interesante. Y yo estaba muy orgulloso del hecho de que Corea fuera un país muy moderno.”

De manera similar, Mike expresó que a medida que aprendía más acerca de la cultura coreana, se incrementaba su aprecio y orgullo por su herencia:

“Me gustaba [*el curso introductorio a los estudios del Asia Oriental*]. Era muy interesante. En verdad abrió mis ojos a muchas cosas. Yo sé más ahora y le tengo mucho más respeto. Así que me hizo mucho más comprensivo, cuanto más pasan los años, me siento más orgulloso. Porque sé que Corea la había pasado fatal y todavía así pueden sostener en alto sus cabezas y pueden tener grandes ideas y ser tan... incluso cosas simples como el estrechar la mano de alguien con las dos manos si esa persona es mayor que tú. Cosas como ésas. Es algo muy hermoso y muestra tanto respeto.”

Los cursos acerca de cuestiones raciales y étnicas también jugaron un papel crítico en dar forma a una identidad asiática reactiva y política, forjada alrededor de las experiencias comunes del prejuicio racial y la discriminación que los asiáticos y otros grupos minoritarios enfrentan en Estados Unidos. Por ejemplo, la literatura de los estudios étnicos ayudó a Susie a su construcción panminoritaria, porque le enseñó algunas de las experiencias comunes por las que pasan todas las personas de color, particularmente mujeres. Susie aprendió a partir de los escritos de otras mujeres que no estaba sola en haber experimentado situaciones humillantes de acoso sexual racista, y discriminación:

“La literatura [*de los estudios étnicos*] me hizo comprender que ‘¡Ah vaya! Gracias a Dios no estoy sola. Allá afuera hay otras que lo experimentaban’ [*el acoso sexual de carácter racial*]. Y pude identificarme con algunos de estos textos que leía. Y él [*mi tutor*]

de estudios étnicos] también me mostró, porque pienso que su campo es Estudios africanos y Estudios de Mujeres del Tercer Mundo y de África, así que me mostró otros grupos étnicos diferentes que pasan por cosas similares. Así que yo pensé: ‘¡Oh, estupendo!’ Sabía que había racismo y yo era una parte en él; pero no me daba cuenta de que era frecuente [*entre otras mujeres*]. Él me hizo comprender muchas cosas. Y abrió mi visión del mundo.”

Otra mujer explicó cómo su descubrimiento de la literatura asiático-americana le dio un sentido de destino compartido con otras asiático-americanas:

“Yo tan sólo estaba asombrada de que no hubiese oído hablar antes de estos autores [*asiático-americanos*]. ¡Nada más la lectura de sus historias! Te cala hondo, no importa quién seas, porque están hablando de problemas que, si eres asiático-americana, piensas en ellos, y te han afectado de alguna manera... Leemos cosas como *No No Boy* y cosas así, y todo sobre la internación japonesa. Recuerdo haber enfurecido por ello. ¡Vaya! Sabía que éste era un país racista pero en realidad no pensaba en eso antes —cómo era el racismo hacia los asiáticos... Sólo de pensar que la internación era posible, basándose en mi aspecto, no parecería algo en verdad importante para mí.”

Amistades coétnicas

Otro impacto de estas clases u organizaciones era que creaban oportunidades para encontrarse con coétnicos con los que pudieran compartir y validar sus experiencias. Encontré que lo que influía en las identidades raciales y étnicas de los coreano-americanos en un alcance más amplio eran los amigos que hacen durante los años universitarios con los compañeros de clase media, coreano-americanos de segunda generación. Aunque no todos participaban activamente en tales organizaciones o se incorporaban a los estudios asiático-americanos o a los cursos de estudios étnicos, creaban oportunidades o redes de coreanos de segunda generación, cuyos antecedentes y experiencias reflejaban las suyas. Las amistades coétnicas juegan un papel importante en validar las experiencias de la segunda generación como aquellos que se sienten culturalmente más americanos que coreanos, pero que en realidad no son ni lo uno ni lo otro.

Cuando los coreano-americanos ven por primera vez una “masa crítica” de otros asiático-americanos y coreano-americanos de segunda generación, ello genera un impacto significativo en cómo se sienten acerca de sus identidades

raciales y étnicas, porque encuentran por primera vez personas de su misma edad que comparten sus afinidades culturales americanas pero también su trasfondo étnico. Cuando llegan a encontrarse con otros coreano-americanos o asiático-americanos de segunda generación como ellos mismos, encuentran que hay cosas comunes en las experiencias de su crianza, como niños de inmigrantes coreanos, en un ambiente predominantemente blanco. A través de la amistad coétnica con compañeros coreano-americanos de segunda generación, pueden validar su identidad de segunda generación: aquellos que son todavía de padres y herencia coreanos y no conocen por completo o no practican la cultura coreana como lo hacen sus padres u otros inmigrantes coreanos de primera generación:

“Sí, al igual que la generación de nuestros padres, los inmigrantes recientes, que trabajan en las tiendas durante largas horas; y el valor de la educación, la religión. Eso pienso: que todos podríamos relacionarnos con eso. Es un trabajo duro. E incluso los asiáticos orientales que dominan la ideología confuciana, pero todavía algunas cosas también son muy similares con los del sudeste asiáticos. Yo supongo que es universal.”

También, el tener oportunidades de vivir con otros coreano-americanos de segunda generación informa a los coreanos de segunda generación que muchas de las experiencias privadas con que habían crecido en una casa coreana eran comunes entre ellos. Las amistades coétnicas también eran una gran fuente de fuerza en los significados de identidad étnica de la clase media de segunda generación. Cuando los coreano-americanos de segunda generación tuvieron la oportunidad de compartir sus experiencias de crecimiento como niños de inmigrantes coreanos, comprendían que sus experiencias personales no tuvieron lugar en el vacío. Al compartir sus experiencias, las validaban al vincularse a una narrativa histórica más grande que les daba un sentido de pertenencia y comodidad acerca de quiénes eran.

Una de las experiencias compartidas con mayor frecuencia entre coreano-americanos de segunda generación, irónicamente, era el haber crecido sin identificarse muy fuerte como coreanos. Los entrevistados expresaron que la atadura e intimidad que sentían con otros coreano-americanos venía del hecho de que tenían una comprensión mutua de lo que se sentía ser un *twinkie* o un “plátano”. Joon, por ejemplo, me dijo que se unió a KSA en la universidad para poder estar con coreano-americanos que sólo fueran como él: personas coreanas americanizadas:

“En KSA, consigues encontrarte con otras personas que son del tipo de los que están en *mi posición*. Antes de la KSA, creía que

la mayoría de los coreanos hablaba coreano, y pensaba que yo era una de las pocas personas que no lo hablaban. Como que sentía estar en una olla pequeña de gente. ¡Pero he encontrado que hay toneladas de personas como yo que no hablan coreano en absoluto y que se americanizaron!”

Otra razón por la cual desarrollar amistades más íntimas con coreano-americanos era una sensación de “consuelo” que experimentaban con compañeros coreano-americano, sensación que no habían tenido antes con sus amigos no coreanos:

“Comprendí [*que*] las amistades con personas coreanas que desarrollé a lo largo de los años son muy diferentes de las que desarrollé en la escuela secundaria [*con los no-coreanos*]. Es más personal y no somos tanto una farsa o no somos tan cuidadosos de meternos en el terreno de los demás, ¿sabes? No tenemos que estar tan atentos porque no es que seamos rudos entre nosotros, pero entendemos, así que hablamos mucho en broma y nos la pasamos muy cómodos al decir lo que en realidad pensamos, y somos honrados acerca de esto. Pero en el bachillerato seguíamos las reglas de la sociedad, así como asegurándonos de no molestarlos [*a los no coreanos*] por lo que decíamos.”

Jeannie se sentía más cómoda rodeada de coreanos porque sentía que no había que ser políticamente correcta con ellos; sentía que no debía estar por completo alerta. Otros entrevistados expresaron sentirse mucho más cómodos y a gusto entre coreano-americanos porque no tenían que explicar cada pequeño detalle acerca de su trasfondo cultural, como lo hacían con sus amigos no coreanos. Estas explicaciones incluían cosas como por qué tener que quitarse los zapatos dentro de casa o por qué sus padres eran tan estrictos y diferentes de los padres americanos típicos, etc.

De manera más importante, los coreano-americanos experimentaban una fuerte atadura con otros coreano-americanos porque compartían en común el haber crecido con padres coreanos. Según los entrevistados, crecer con padres coreanos significó haber tenido tremendas presiones para sobresalir académica y profesionalmente. Rosy explicó por qué sus amigos no coreanos no pueden entenderla al grado en que lo hacen sus amigos coreanos:

“[*Ser coreano-americana*] significa que muchos de mis amigas no podrán entender ciertas cosas que hacen mis padres o que les

agrada, o ciertas cosas que digo acerca de ellos... Como... estoy pensando en una amiga en particular, como cuando dije acerca de las calificaciones [*sus padres no quedan satisfechos con una nota apenas menor que sobresaliente*], ella dice algo como: '¿por qué no se pueden quedar contentos con eso?' 'Nada más no quedan contentos, ¿sabes?' Como que encuentro que muchos de mis amigos chinos y coreanos lo comprenden mejor: 'Ah, ya entiendo, mis padres son también así. Mientras que muchos de mis amigos americanos no lo perciben. No entienden nada'."

Tener padres coreanos también significa crecer en una casa estricta. Varios entrevistados hablaron sobre cómo sus padres eran más estrictos sobre la hora en que debían llegar a casa y qué tipos de cosas podrían hacer con sus amigos:

"Pienso que la cosa positiva [*de tener amigos coreanos*] es ir dándose cuenta de que no soy el único que tuvo la niñez que yo tuve, en el sentido de tener padres muy estrictos, tener horas de llegada muy estrictas, y muchas cosas que me molestaban de mis padres por las que me hicieron pasar. Como por qué tenías que llegar a las 11:00 o algo así. La manera en que, pienso, te levantas tan lejos como los ideales y lo que es correcto e incorrecto, y cómo tu mamá te da de gritos... yo no era el único."

Todos estas experiencias comunes que los coreano-americanos compartieron con sus amigos coétnicos les dieron un sentido de aprobación a su identidad distintiva: inmigrantes coreanos de segunda generación. Al entender que no estaban solos en no sentirse coreanos ni americanos, desarrollaron una identidad étnica emergente, basada más en las experiencias compartidas de crecer como coreano en América que como coreanos que viven en América *per se*. (Los coreanos de segunda generación trazan claras distinciones entre primera generación y ellos mismos; se basan en factores como el nacimiento, la proclividad cultural y la magnitud de sus experiencias sociales en Estados Unidos). Compartir información sobre la historia de la inmigración de su familia o un conocimiento histórico más general de la inmigración coreana era otra manera en que los amigos coétnicos ayudaron a crear y sostener una identidad de inmigrantes coreanos de segunda generación entre los entrevistados.

Experiencias universitarias de clase obrera

Aunque la mayoría de los coreano-americanos de clase obrera también asistieron a la universidad, sus experiencias divergieron significativamente de las experiencias de sus cohortes de clase media. Mientras los años de la universidad representaron para los coreano-americanos de clase media un descanso fuera de las casas de sus padres y oportunidades para extender sus redes sociales, los años universitarios para los coreano-americanos de clase obrera a menudo fueron sobrellevados con forcejeos financieros y falta de dirección. Para la mayoría de coreano-americanos de clase obrera los años universitarios no eran tiempos ideales durante los que exploraran sus identidades y aprendieran a estar orgullosos de su herencia étnica. A menudo no tenían el tiempo para ingresar a grupos u organizaciones en el campus que fortalecían las identidades étnicas de la segunda generación de clase media y proporcionaban medios importantes para ponerse en contacto con otros coreanos de segunda generación con los que pudieran relacionarse y con quienes compartir experiencias comunes.

Casi todos los entrevistados de clase obrera expresaron que sus padres siempre habían esperado que ellos fueran a la universidad. La educación y el tener un grado universitario recibía un fuerte énfasis, si bien en muchos casos sin alguna guía específica acerca de lo que sus niños debían o necesitaban hacer para tener “éxito”. Los padres coreanos de clase obrera no tenían a menudo el capital cultural apropiado para aconsejar a sus hijos sobre universidades o carreras. Por ejemplo, una mujer de 32 años llamada Helen me contó que aunque sus calificaciones de la escuela secundaria eran excelentes, asistió a una universidad local de la comunidad simplemente porque no sabía andár por ahí escogiendo una escuela que fuera buena para ella. Me explicó por qué asistió a esa universidad:

“Mi hermana mayor fue allí, y así que la seguí, porque no supe hacer nada mejor. De nuevo, nadie habló conmigo sobre universidades o escuelas. Y fue así que me dirigí a cualquier lugar donde supiera que algún conocido había asistido, y mi hermana fue allí, y fue así que yo fui a dar ahí... Mis padres no tenían ninguna pista acerca de cómo guiarnos. No teníamos ninguna guía en absoluto. Es bastante malo si no tienes dinero, pero si tus padres no tienen las habilidades para guiarte, porque a ellos nunca se las enseñaron, es una situación tan triste. Y bien, cuando pienso en mi situación, es una manera en verdad desfavorecida de crecer. Y no es culpa de nadie. Son sólo las circunstancias.”

En general, sin embargo, su selección de universidad tenía mucho que ver con las circunstancias financieras de su familia. Muchos coreano-americanos de clase obrera no podían darse el lujo de marcharse a la universidad, no sólo debido a la matrícula y las cuotas de inscripción, sino también debido a que se habría perdido el ingreso adicional o la mano de obra adicional para el negocio familiar si se marcharan a la universidad:

“Yo fui a la Universidad X, que es como el decimotercero, como el bachillerato. No era ningún ascenso a alguna escuela de renombre o algo así, pero a mí como que... yo nunca fui un bebedor o una persona de fiestas. Y de eso se trataba en las otras escuelas. También sentía que una parte de mí tenía una obligación de quedarme en casa y de ayudar al negocio de mis padres, porque en aquel momento ellos tenían una tienda de comestibles. Así que me quedé cerca de casa. Y en ese momento, tenía ese otro empleo como trabajador de mudanzas, así que no quería marcharme.”

No marcharse a la universidad significaba continuar viviendo con los padres en el barrio en que crecieron. Como no se fueron de casa, continuaron saliendo por ahí con los amigos con que habían crecido, por lo usual negros, latinos y unos cuantos blancos, pero pocos asiáticos. Debido a que sus escuelas eran del tipo al que se va intermitente, tampoco tenían muchas oportunidades de hacer nuevos amigos:

“Mientras estaba en la Universidad H, sólo salía a dar la vuelta con mis amigos del barrio. La manera que pensaba sobre mi escuela era ‘ni siquiera quiero quedarme aquí porque todos andan por ahí dando la vuelta y cosas así, y yo voy a clase. Así estaba la cosa. Todo ese tiempo no salí a dar la vuelta. Me iría a clase y me iría a casa’.”

Aunque las organizaciones y clubes étnicos existían en efecto en algunas de las escuelas, no había ningún buen incentivo para unírseles: ellos mantenían su vieja red de amigos de la niñez. También, al ser estudiantes intermitentes, iban a la escuela sobre todo para asistir a clases y no se involucraban en los actos del campus o en las organizaciones. A este respecto, muchos entrevistados describieron sus años universitarios como una extensión de sus años de bachillerato, el “decimotercero”, como lo describió una entrevistada, y sus vidas no variaban mucho de sus años de bachillerato, salvo por el hecho de que empezaron a trabajar mucho más de lo que lo habían hecho durante el bachillerato.

Aunque los trabajos de media jornada son comunes entre los estudiantes universitarios, algunos coreano-americanos de clase obrera trabajaban casi jornadas completas a fin de pagar la universidad. El trabajar largas horas a menudo interfería con sus estudios y los obligaba a asistir intermitentemente a la escuela. Como resultado, a muchos de ellos les tomó más de cuatro años obtener su graduación. La siguiente cita es lo que en forma típica escuchaba de coreanos de clase obrera que trabajaban y asistían a la escuela al mismo tiempo:

“Yo tenía que pagar [*la colegiatura de la universidad*] por mí misma, así que conseguí un préstamo y trabajaba media jornada de camarera. Solía ayudar a mi tía –ella poseía un salón de manicura– y la ayudaba cuando abría. Sabes, hice trabajos aquí y allá para pagar mi matrícula, porque no quería atarme demasiado. Así que apenas tomé, sabes, un par de clases aquí y allá. Me tomó un buen rato. Me tomó varios años conseguir finalmente mi graduación.”

Otra mujer expresó cómo el trabajar evitó que llevara más allá su educación y se fijara metas altas en cuanto a su carrera:

“Tuve trabajos de todo tipo. Iba a la escuela un semestre de tiempo completo, y otro por tiempo parcial. Y no tomé un centavo de ellos [*de mis padres*] desde los 18 años hasta ahora. Desde entonces nunca he tomado dinero de ellos. Pero por eso, tomé más tiempo para acabar la escuela. Trabajé como cajera bancaria, de nueve a cuatro, y tomaba clases nocturnas. Era agotador en lo físico. Mis calificaciones no eran lo mejor. Y fue lo peor que académicamente haya hecho en mi vida entera. Para entonces, como que me rendí. ‘¿Qué estoy haciendo bien? ¿Para qué?’ Nunca me centré. No sabía lo que quería hacer. Una vez que te acostumbras a hacer una cierta suma de dinero a una edad temprana, te ves incitado por ello y te pones ávido y quieres ganar más dinero. Y entonces la escuela pierde prioridad. Si tan sólo alguien hubiera estado ahí para explicarme: si adoptas esta mentalidad, estarás luchando y trabajando de obrero por el resto de tu vida; pero si inviertes una parte de tu tiempo en el estudio, no tendrías que trabajar hasta tarde con tanto afán físico. ¡Pero nadie me explicó eso a mí!”

Como lo expresó la entrevistada anterior, muchos entrevistados de la clase obrera sienten que ellos pudieron haberlo “hecho mejor” de haberlo sabido o si alguien los hubiera guiado apropiadamente.

Los estándares coreano-americanos del “éxito”

Aparte de la calidad de los años universitarios, los coreano-americanos de clase obrera también indicaron que el tipo de escuelas a que ellos asistieron fue un factor importante que influyó cómo se sentían de ser “coreano-americanos”. Aprendí de las entrevistas que como la mayoría de la comunidad coreana es abrumadoramente de clase media o media superior, las expectativas y estándares de “éxito” dentro de la comunidad coreano-americana son muy altos y rígidos. Según lo que los demandados revelaron, un grado universitario de cuatro años es el nivel educativo mínimo esperado para un coreano-americano, mientras el tipo o prestigio de las escuelas (privadas o públicas, que pertenezcan o no a la *Ivy League*^{*}, por ejemplo) determina el nivel del logro. Según estos estándares de “éxito”, muchos coreanos de la clase obrera (que han logrado niveles moderados de éxito) no se ven a sí mismos como coreano-americanos típicos o medios. Aunque todos mis entrevistados de clase obrera tenían por lo menos dos años de experiencia universitaria, su nivel educativo se consideraba mediocre según las normas coreanas. Como resultado, ellos acaban por considerarse no tan favorablemente, a la luz de las normas, sumamente altas, de “éxito” que establece la comunidad coreano-americana de clase media.

Algunos entrevistados de clase obrera definieron el éxito educativo como una de las características quintaesenciales de la “coreanidad” y así expresaban no ser muy coreanos debido a lo que ellos consideran su limitación educativa. Un entrevistado de 19 años que decidió interrumpir la escuela y trabajar jornada completa en la tienda de su padre, por ejemplo, mencionó “énfasis en la educación” como uno de los valores coreanos más importantes. También habló de cómo los coreano-americanos están consumidos por la educación y siempre hablan sobre “quién va a qué escuela y qué tan bien se están desempeñando en ella”. Concluyó que debido a que él no tiene el fanatismo educativo que la mayoría de los coreano-americanos comparte, entonces él no es muy coreano. Declaró: “No hay nada coreano en mí porque en realidad yo no estudio duro”.

La falta de logros educativos se volvió una fuente de vergüenza para muchos coreano-americanos de clase obrera, a veces incluso en el contexto de sus propias familias. Una mujer expresó que incluso su propio padre la hizo sentir algunas veces inepta por no haber asistido a una “universidad de reputación”.

* Se refiere a un grupo de ocho universidades de gran prestigio del nordeste de Estados Unidos. [Nota del traductor].

“Mi padre diría algo como... Yo discutiría con él que la Universidad X es muy buena. Realmente buena. A la hora de la cena él haría un comentario como: ‘Vas a tal gran escuela, por qué no bla, bla, bla?’. Tú rellena el espacio en blanco. O él diría: ‘Si dices que la Universidad X es tan buena, por qué te lamentas del hecho de no haber ingresado a Harvard?’ Él haría comentarios sarcásticos e irónicos como ése, que me hacían sentir muy mal.”

En marcado contraste con sus cohortes de clase media, que obtienen orgullo étnico en la universidad, los coreano-americanos de clase obrera aprenden, irónicamente, a verse como “no tu típico coreano” y a avergonzarse de ser un coreano sin credenciales educativas estelares. Mientras la universidad permite a los coreano-americanos de clase media reunirse y forjar una identidad común basada en sus experiencias compartidas de clase media y de segunda generación, el mismo factor lleva a los coreano-americanos a creer, por otro lado, que no tienen nada en común con otros coreano-americanos, que son, todos ellos, vistos como mucho más talentosos de lo que en realidad son.

Las variadas experiencias relacionadas con la universidad –que realzan las de los coreanos de clase obrera con respecto a las de los coreanos de clase media– llevaron a muchos coreano-americanos de clase obrera a no asociarse con coétnicos y a considerarse diferentes de sus cohortes de clase media. Sentían que la mayoría de los coreano-americanos provenía de condiciones “privilegiadas” y de ahí que sostuvieran valores muy diferentes sobre el dinero y la ética del trabajo. Una mujer de 22 años, Tina, que tuvo dos trabajos para sostenerse hasta la universidad, diferenció su ética del trabajo de la de los estudiantes coreano-americanos de la universidad que asisten a su iglesia coreana:

“Como dije, he estado trabajando desde que tenía 12 años. Y muchos de mis amigos [*no coreanos*] también trabajan. Pero entonces están los niños [*coreanos*] de la iglesia. En realidad ellos no trabajan. Yo no sé lo que hacen. Van a casa y ven en la tele *Dawson Creek*. Así eran muchas personas con que tropecé. Quiero decir, mi mamá paga por las cosas. Obviamente no pago alquiler a mamá. No tengo que pagar, obviamente, las facturas. Pero al mismo tiempo, no llevo teléfono, ni *beeper* bidireccional, ni esto o lo otro, ¿sabes? Mis padres trabajaron duro sólo para mantenernos alimentados y para conservar la casa y todo eso. Podría ser un resentimiento de clase, pero es como, ¡vaya!, pienso cuánto tuvieron que trabajar y lo duro que yo tuve que trabajar; y ellos que tenían todo dado. Eso me fastidia.”

De igual manera, los entrevistados de clase obrera mencionaron la necesidad de las personas coreanas de poseer y ostentar su riqueza material como una razón por la que no quisieron asociarse con coreano-americanos. Expusieron que la mayoría de los coreano-americanos con que se encontraban eran “gente rica, mimados, de clase alta”.

Amistad coétnica

Cuando los coreano-americanos de clase media y segunda generación tenían una oportunidad de compartir sus experiencias de crecer como hijos de inmigrantes coreanos, comprendían que sus experiencias personales no tenían lugar en el vacío. Al compartir sus experiencias, les dieron validez al vincularse a una narrativa histórica más grande que les dio un sentido de pertenencia y comodidad sobre quiénes eran. Los coreanos de la clase obrera, sin embargo, tenían menos oportunidades para conocer y hacer amigos coétnicos que validarán sus experiencias. Por consiguiente, carecieron de medios críticos para conectar sus experiencias a una experiencia social más grande que les permitiera desarrollar un sentido étnico positivo del Yo.

Las entrevistas revelaron que los coreanos de clase obrera tuvieron menos oportunidades de forjar los tipos de amistades coétnicas que los profesionales coreano-americanos, por varias razones: primero, su pequeño número limitó la probabilidad de encontrarse con otros coreano-americanos que estuvieran en su situación y pudieran validar sus experiencias y puntos de vista. Segundo, como ya se ha mencionado, la mayoría de ellos iban a la escuela y volvían de inmediato, lo que significó que no interactuaron mucho con otros estudiantes en el campus, como es típico de escuelas en que sólo se va a clases. Normalmente iban a la escuela para asistir a clases y no se involucraban mucho en organizaciones o actividades del campus.

Algunos coreano-americanos de clase obrera se vieron desestimados por sus propios padres a fin de que no interactuaran con sus coétnicos, incluida la familia extendida, debido a lo que ellos percibían como una cuestión vergonzosa acerca de sus niños, según los estándares coreanos. No querían revelar las “insuficiencias” de su familia y sufrir una humillación. Por ejemplo, Linda reveló en entrevista que sus padres no querían que viera a sus primas para que sus parientes no descubrieran a qué universidad asistía su hija:

“Y bueno, mi papá no quiere que visite a mis primos porque voy a Hunter [*una universidad de la comunidad*]. Él no quiere que vaya a ver a mis primos porque no he hecho todavía, digamos, nada im-

portante. Y dice, como no voy a la Ivy League, y esto y aquello. Parece como que mis padres están metidos en eso. Como que son los que más se interesan sobre qué están pensando las otras personas, ¿sabes? Mi madre miente acerca de dónde voy a la universidad. Dice que voy a la Universidad de Nueva York e iré a Yale. Obviamente, muchos parientes hacen esto, pero la manera en que mamá miente sobre la escuela a que voy, o el modo en que papá no quiere que vaya de visita con mis primas porque piensa que no voy a cierta escuela o lo que sea, cosas como esas: ¿por qué eso debería ser un problema? ¿Por qué debo estar avergonzada?”

A pesar de las preguntas desafiantes que Linda formula, la experiencia lleva a un intenso sentimiento de autoculpa y autodesprecio. Linda interiorizó la vergüenza que sus padres y la comunidad coreana le atribuían:

“Pero no obstante, ahora siento vergüenza. Así, cuando yo voy a estas celebraciones coreanas, sencillamente miento. Yo también miento. Sólo les digo que voy a la Universidad de Nueva York, como decía mi mamá. Pienso: “sé lo que mi mamá ya les ha dicho”, y yo no quiero oír: ‘Oh, pero si vas a Hunter’. Ellos sólo tratan de ser corteses. ‘Oh, no vas a lugares como Cornell, Barnard, Columbia’. No quiero tener que ver con eso –sea o no así– Simplemente no quiero tener que ver con eso. ¡En absoluto! Así que mi mamá salva las apariencias, yo salvo las mías. Me odio por hacerlo. ¡Es tan molesto!”

Tales experiencias proporcionan razones muy poderosas para no interactuar con coétnicos; como Linda después lo expresó, ella afronta ahora el conflicto escogiendo no hacerse amiga de algún coreano-americano a quien ella sienta que necesitará mentir.

Conclusión

Estas experiencias de los años universitarios y los logros educativos demuestran tener efectos duraderos incluso en fases posteriores de la vida, porque los miembros de la segunda generación que no pertenecen a un estrato alto o no tienen trabajos profesionales (típicamente identificados como abogados, doctores, o ingenieros) también expresaron bochorno acerca de sus ocupaciones. Los coreano-americanos consideraron las ocupaciones profesionales como derecho,

medicina o ingeniería como típicas ocupaciones coreanas, y los trabajos de cuello azul y ocupaciones no profesionales como debajo del promedio. Real o imaginado, los coreanos no profesionales dijeron que eran vistos de arriba abajo por otros coreanos. Ellos creen que su ocupación no profesional se ve a menudo como una señal de que no son lo bastante brillantes o no estudiaron duro. Un agente de policía de 34 años que también tiene otro empleo por las noches como trabajador de mudanzas habló con franqueza sobre lo que él piensa de lo que otros coreano-americanos deben de pensar de él cuando está en ropas de trabajo:

“Aquí estoy en ropas de obrero y ellos no saben quién soy o lo que hago. Sólo piensan ‘Ah, vale, este tipo no estudió’. En esas ocasiones me siento avergonzado. Pero siento... Lo afronto diciendo: ‘Esto sólo es temporal. Me estoy privando de cosas, pero por ahora es mi elección’. ¿Quién está para decir lo que está lejos del camino? De nuevo, estoy en un área donde me relaciono con el mundo corporativo [*se trata de mudanzas de compañías corporativas*] donde estas personas en realidad aventajan en la vida, y les doy todo el crédito. Pero si me miran hacia abajo, entonces tenemos un problema. No juzgues a las personas porque puedo convertirme algún día en un doctor...”

Las citas demuestran la vergüenza que experimentan algunos coreano-americanos que no han logrado “éxito”, la humillación que sentían cuando se comparaban con sus coétnicos, y por qué no sentían que tuvieran mucho en común con los compañeros coreano-americanos. Estos puntos de distinción entre ellos y sus pares coétnicos “exitosos” hacen a los coreano-americanos no profesionales sentir que no tienen por qué experimentar orgullo de ser coreano-americanos o que no tienen mucho en común con otros coreano-americanos por no haber logrado resultados educativos o profesionales similares a los de sus cohortes.

Una consecuencia de primer orden de sentir vergüenza por su falta de logros es que se desvían por completo de la comunidad coreano-americana. En el siguiente ejemplo, la dinámica de clase dentro de los coreano-americanos llevó a un “resentimiento de clase” por parte de esta familia de clase obrera, lo que los hizo apartarse de la comunidad coreana:

“De niño amaba ir a la iglesia, porque había un sentido de hermandad, una familia, cuando iba a la iglesia en Argentina. Si eras rico o pobre, estábamos todos juntos en una comunidad grande, una familia grande. Venimos aquí a Estados Unidos y todos aquí

son ricos, especialmente en la iglesia que está por el Bulevar Norte [*una calle importante en una comunidad coreana grande, en Flushing, Nueva York*], todos muy disfrazados en sus mejores ropas y todos tenían *Mercedes* o *BMW* y toda la cosa, y nosotros parecíamos inmigrantes. Y, ya sabes, aquel orgullo de mi padre. No le gusta parecer pobre. A mí tampoco... No sé, aborrecía ir a la iglesia. Y empezamos a asistir a la iglesia americana.”

Como tal, mientras algunos interiorizaban las nociones de la comunidad coreana, predominantemente de clase media, acerca de lo que se supone que un coreano-americano debe ser, otros se comprometen en el “desdibujamiento de los límites” (Alba, 2001). Como han experimentado discriminación de clase y ostracismo por parte de sus coétnicos, entienden cómo una comunidad en apariencia homogénea puede fragmentarse y ser dividida a lo largo de numerosas fronteras sociales. Por consiguiente, algunos coreano-americanos de clase obrera se niegan a definir la “coreano-americanidad” por estándares objetivos; más bien, la definen como personal y política. Considérese como ejemplo la definición que da Chung de ser un coreano-americano:

“Yo pienso que las personas identifican lo coreano más como asunto de sangre e idioma, dónde naciste y quiénes son tus padres, pero yo siento que ser un coreano en Estados Unidos es un tipo más activo de identidad, quiero decir que tienes que hacer algo para ser coreano. No pienso que el nacimiento baste para serlo. No pienso que hablar coreano o tener padres coreanos te hagan automáticamente coreano. Pienso que las personas tienen que identificarse en forma activa como coreanos por medio de su trabajo en la comunidad. Así que para mí es una definición más amplia. Y pienso que hay muchas personas que como pudieron haber sido adoptadas o pudieron tener padres no coreanos, no se les vio tradicionalmente como coreanos. Pero para mí, si son activos en la comunidad coreana y se autoidentifican políticamente como coreanos, entonces no veo por qué ellos no deberían ser identificados como coreanos.”

Si la clase media continúa dominando y definiendo la “coreanidad” a través de su lente de clase media, lo “exitoso”, el estereotipo de coreano-americanos del “modelo minoritario” puede volverse una profecía que se cumple a sí misma; lo que producirá que sólo aquellos que se ajusten a tales definiciones mantendrán –y se enorgullecerán de– su “identidad étnica coreano-americana”, mientras que se condenará al ostracismo al “no exitoso”, haciéndolos desapare-

cer de la comunidad. Como lo establece la “definición de situación” de W.I. Thomas, “si los hombres definen la situación como real, es real en sus consecuencias” (Thomas y Thomas, 1928: 572). Si los coreanos continúan tomando el estatus socioeconómico como una marca de límites étnicos, su definición de lo coreano-americano puede volverse realidad.

Sin embargo, las identidades sociales siempre están ubicadas en contextos sociopolíticos más amplios. Como los significados de sus identidades raciales y étnicas del entrevistado han cambiado a partir de la niñez y adolescencia hasta su madurez, necesitamos examinar si y cómo cambiarán en el futuro. Además del entorno social más grande, la composición futura y organización de la comunidad coétnica también puede influir significativamente en cómo las generaciones post-inmigrantes se identifican. Desde principios de los años 80, una gran cantidad de coreanos de clase baja ha estado inmigrando a Estados Unidos, lo que ha hecho que la comunidad coreano-americana se haga más diversa. Los hijos de esos coreanos de clase baja aún son jóvenes. Cuando lleguen a la mayoría de edad, sin embargo, será interesante observar cómo la próxima cohorte de coreano-americanos de segunda generación influirá en la dinámica de clase de la comunidad coreano-americana. Si las clases bajas inclinan la balanza de las proporciones socioeconómicas y se convierten en mayoría, será interesante ver si y cómo cambian los significados de la “coreano-americanidad”.

Traducción:

Mauricio Sáez de Nanclares

Referencias bibliográficas

- ALBA, Richard (1990) *Ethnic Identity: The Transformation of White America*. New Haven, Yale University Press.
- ALBA, Richard (2001) “Assimilation and Boundaries”, presentado en la American Sociological Annual Meeting, 2001.
- ABELMANN, Nancy y John Lie (1995) *Blue Dreams: Korean Americans and the Los Angeles Riots*. Cambridge, MA, Harvard University Press.
- CRISPINO, James (1980) *The Assimilation of Ethnic Groups: The Italian Case*. Staten Island, NY, Center for Migration Studies.
- ESPIRITU, Yen Le (1992) *Asian American Panethnicity: Bridging Institutions and Identities*. Philadelphia, Temple University Press.
- ESPIRITU, Yen Le (1994) “The Intersection of Race, Ethnicity and Class: The Multiple Identities of Second-Generation Filipinos”, en *Identities: Global Studies Culture and Power*, 1: 249-273.

-
- ESPIRITU, Yen Le y David Lopez (1990) "Panethnicity in the United States: A Theoretical Framework", en *Ethnic and Racial Studies*, 1990, 13(2): 198-224.
- FERNANDEZ-KELLY, Patricia y Richard Schauffler (1994) "Divided Fates: Immigrant Children in a Restructured U.S. Economy", en *International Migration Review* 28(4): 662-689.
- GANS, Herbert (1962) *The Urban Villagers: Group and Class in the Life of Italian-Americans*. New York, The Free Press.
- GANS, Herbert (1979) "Symbolic Ethnicity: The Future of Ethnic Groups and Cultures in America", en *Ethnic and Racial Studies* 2: 1-20.
- GANS, Herbert (1992) "Second Generation Decline: Scenarios for the Economic and Ethnic Futures of the post-1965 American Immigrants", en *Ethnic and Racial Studies* 15(2): 173-193.
- GANS, Herbert (1997) "Toward a Reconciliation of 'Assimilation' and 'Pluralism': The Interplay of Acculturation and Ethnic Retention", en *International Migration Review* 31: 85-892.
- GIBSON, Margaret (1989) *Accommodation Without Assimilation*. Ithaca, Cornell University Press.
- GORDON, Milton. (1964) *Assimilation in American Life*. New York, Oxford University Press.
- HURH, Won Moo (1998) *The Korean Americans*. Westport, Conn., Greenwood Press.
- KIBRIA, Nazli (1997) "The Construction of 'Asian American': Reflections on Inter-marriage and Ethnic Identity Among Second-Generation Chinese and Korean Americans", en *Ethnic and Racial Studies* 20: 523-544.
- KIM, Dae Young (2001) "Out Of The Ethnic Economy?: Intergenerational Mobility And Labor Market Outcomes Of The Second Generation Korean Americans In New York." Disertación Ph. D. Centro de Graduados de CUNY, 2000.
- LEE, Sara (2000) "The Value of Ethnic Identity: A Comparative Study of Working-Class and Professional Second Generation Korean Immigrants Living in New York City", presentado en la American Sociological Association Annual Meeting, 2000.
- Lee, Stacey (1996) *Unraveling the Model Minority Stereotype: Listening to Asian American Youth*. New York, Teachers College Press.
- MIN, Pyong Gap (1996) *Caught in the Middle: Korean Communities in New York and Los Angeles*. Berkeley, University of California Press.
- MIN, Pyong Gap (1998) *Changes and Conflicts: Korean Immigrant Families in New York*. Boston, Allyn and Bacon.
- MIN, Pyong Gap y Rose Kim (1999) *Struggle for Ethnic Identity: Narratives by Asian American Professionals*. Walnut Creek, Calif., Alta Mira Press.
- NECKERMAN, Katheryn, Jennifer Lee y Prudence Carter (1999) "Segmented Assimilation and Minority Cultures of Mobility", en *Ethnic and Racial Studies*.
- ONG, Paul y Suzanne Hee (1993) "The Growth of the Asian Pacific American Population: Twenty Million in 2020", en *The State of Asian Pacific America: Policy Issues to the*

-
- Year 2020. Los Angeles, UCLA Asian American Studies Center.
- PORTES, Alejandro y Min Zhou (1993) "The New Second Generation: Segmented Assimilation and its Variants", en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 53
- RUMBAUT, Ruben (1995) "The New Californians: Comparative Research Findings on the Educational Progress of Immigrant Children", pp. 17-69 de Ruben Rumbaut y Wayne Cornelius (comps.), *California's Immigrant Children: Theory, Research and Implications for Educational Policy* La Jolla, CA, Center for US Mexican Studies, University of California.
- RUMBAUT, Ruben (1996) "The Crucible Within: Ethnic Identity, Self-Esteem, and Segmentet Assimilation Among Children of Immigrants", en *International Migration Review* 28(4): 748-794.
- THOMAS, William y Dorothy Swaine Thomas (1928) *The Child in America*. New York, Knopf.
- TUAN, Mia (1998) *Forever Foreigners or Honorary Whites? The Asian Ethnic Experience Today*. New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.
- YANCEY, William, Eugene Ericksen y Richard Juliani (1976) "Emergent Ethnicity: A Review and Reformulation", en *American Sociological Review* 41: 391-403.
- ZHOU, Min y Carl Bankston (1994) "Social Capital and the Adaptation of the Second Generation: The Case of Vietnamese Youth in New Orleans", en *International Migration Review* 28(4): 821-845.
- WATERS, Mary (1996) "Ethnic and Racial Identities of Second-Generation Black Immigrants in New York City", en *The New Second Generation*, comp. por A. Portes. New York, Russell Sage Foundation.
- WATERS, Mary (1994) "Ethnic and Racial Identities of Second-Generation Black Immigrants in New York City", en *International Migration Review* 28(4): 795-820.
- WATERS, Mary (1999) *Black Identities: West Indian Immigrant Dreams and American Realities*. New York, Russell Sage Foundation; Cambridge, Mass.: Harvard University Press.